

Vuelos separados

ANDRÉ DUBUS

TRADUCCIÓN DE
DAVID PARADELA LÓPEZ



Título original:
Separate Flights

Primera edición: octubre 2021

© 1975 Andre Dubus
Published by arrangement with David R. Godine Publisher, Boston, USA
and Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.
All rights reserved

© 2021 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.
© 2021 de la traducción: David Paradela López
Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro
Corrección: Chris Christoffersen
Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16529-93-3
Impreso en España
Depósito legal: M-19160-2021

Vuelos separados



Para Suzanne, Andre, Jeb y Nicole



Se llama «hilos de la Virgen» a ciertos hilillos que flotan al viento y sobre los que ciertas arañas [...] se lanzan al aire libre y hasta al huracán. [...] [P]ero estas arañas hilan de sus propias entrañas esos hilos, esos livianos estambres en que se lanzan al espacio desconocido.

MIGUEL DE UNAMUNO, *La agonía del cristianismo*

Sálvame, pensó vagamente el Cónsul.

MALCOLM LOWRY, *Bajo el volcán*



YA NO VIVIMOS AQUÍ

La piedad es la peor de todas las pasiones:
a diferencia del sexo, esta no se deja atrás.

GRAHAM GREENE, *El ministerio del miedo*

Vuelve a visitarnos otro día; en casa solo estamos
nosotros y, además, ya no vivimos aquí.

UN AMIGO, UNA NOCHE DE BORRACHERA

1

El propietario de la licorería era un irlandés de pelo entrecano; le dio un repaso con los ojos a Edith y, disimulando, dijo:

—Ya está aquí mi amigo el de la *ale*.

—Seis Pickwicks —dije yo—. Y seis latas de Miller para las mujeres.

—Cuesta encontrar mujeres que beban *ale*.

—Y que lo diga.

Nos apoyamos en el mostrador; sentí que Edith quería tocarme, así que di un paso atrás y saqué la cartera. Hank se había empeñado en pagarlo todo, pero al final había conseguido que me diera solo dos dólares.

—Hubo una época en que en Nueva Inglaterra todo el mundo bebía *ale*. ¿A ti quién te enseñó? ¿Tu padre?

—A mí mi padre me enseñó a beber *ale* y a reírme con chicas guapas. ¿Qué les pasó a los demás?

Me quedé mirando a Edith, que nos escuchaba entretenida. Es morena, menudita, con el pelo largo y negro, y hace esos gestos encantadores tan típicos de las chicas con pelo largo: con una

mano lenta, se lo aparta del ojo; cuando se inclina a beber en una fuente, se lo echa por detrás de la oreja para que no se le moje en la pileta. Me gustaría que algún día se le soltase: Edith bebiendo, los labios mojados, la garganta moviéndose al paso del agua fresca y el pelo derramado sobre la pileta de cromo, empapándose.

—La Segunda Guerra Mundial. Los chavales tuvieron que incorporarse a filas cuando todavía no tenían edad para beber en Massachusetts. Así que empezaron a tomar cerveza en las bases del ejército. Y cuando volvieron a casa continuaron bebiendo cerveza. Eso fue el fin de la *ale*. Ahora, cuando un bebedor de *ale* se muere, no hay quien lo reemplace.

Ya fuera, bajo las farolas, Edith me tomó del brazo. Desde delante del quiosco de prensa de la acera de enfrente, un policía nos vio subir al coche y, ya al amparo de la penumbra, Edith se sentó muy cerca de mí mientras yo conducía por la ciudad. Había poca circulación y en las aceras no se veía a casi nadie. En las calles residenciales, la mayoría de las casas estaban a oscuras; a unas cuantas manzanas de mi casa, paré bajo un gran árbol cerca del bordillo, y abracé a Edith y nos besamos.

—Será mejor que vayamos —dijo ella.

—Estaré con el coche en la gasolinera de la Shell a las doce.

Se sentó más cerca de la puerta y se arregló el pelo con los dedos, y yo seguí conduciendo hasta casa. Terry y Hank estaban sentados en los peldaños de la entrada. Cuando apagué el coche, Edith se bajó y cruzó el césped sin esperarme ni mirar atrás. Terry me observó mientras yo me acercaba con la bolsa y, cuando pasé entre ella y Hank, levantó la cabeza para mirarme a la cara.

Charlamos en la oscuridad, sentados en unas sillas de jardín en el porche. Excepto Hank, que siempre estaba inquieto: ora se

apoyaba en la barandilla del porche, ora se ponía a dar vueltas, se recostaba en la pared, se ponía al lado de alguno de nosotros mientras hablábamos, asintiendo con la cabeza, la botella en una mano, el vaso en la otra, escuchando, metiendo baza, moviendo el vaso como quien tira un gancho al cuerpo justo antes de interrumpir con su voz, más estentórea que la nuestra. En el instituto jugaba de *halfback*. Ingresó en la universidad pesando setenta kilos y empezó a escribir. Se había mantenido en forma, y sus andares y sus gestos traslucían esa gracia atlética que yo había intentado cultivar de niño, cuando volvía a casa tras ver alguna de esas películas en las que salen pistoleros que caminan como si fueran pumas. Edith se sentaba a mi derecha, de espaldas a la pared; de vez en cuando su pie se tocaba con el mío. Terry se sentaba delante de mí, fumando demasiado. Tiene el pelo largo y pelirrojo, y hace once años era la muchacha más guapa que yo hubiera visto nunca; o, mejor dicho, la muchacha más guapa a la que hubiera tocado. Ahora tiene treinta años y ha ganado medio kilo por año desde entonces, aunque de un modo sutil; lo único que ha sufrido un cambio ostensible son sus ojos, aquellos ojos azules de los que yo me enamoré: hoy en día, cada vez es más frecuente advertir en ellos esa mirada triste y cavilosa que se les pone a las mujeres al cabo de unos años de casadas. Antes eran alegres. Edith tiene veintisiete años, y sus ojos, todavía alegres, se giraban hacia mí, oscuros y esplendentes, cada vez que yo decía algo. Cuando Hank y Edith se marcharon, los acompañamos hasta el coche, los abrazamos y les dimos un beso de buenas noches, como hacíamos siempre; mientras se alejaban, me quedé contemplando la silueta de Edith.

—Anda, vamos —dijo Terry agarrándome por la muñeca y tirando de mí hacia la puerta trasera.

—¿Vamos adónde?

—A la cocina. Quiero hablar contigo.

—¿Me sueltas la muñeca?

Seguía tirando. Al llegar a la acera que conducía a la puerta trasera me paré e intenté soltarme, pero ella no cedía y se volvió para mirarme.

—He dicho que me sueltes.

Pegué otro tirón y me dejó. Luego la seguí adentro.

—A partir de ahora nos comportaremos como personas casadas —dijo—. Se acabaron las tonterías. —Me acerqué al frigorífico y saqué una *ale*—. Vamos a ser como el resto de los matrimonios. Nada de flirteos ni de aventuras estúpidas. ¿Entendido?

—Claro que no. No entiendo por qué cojones me sales con esto.

—No me digas que *ahora* te vas a hacer el tonto. ¿En serio? Venga, no fastidies.

—Terry. —Yo todavía estaba tranquilo; creía que a lo mejor, agarrándome a eso, conseguiría que nos fuéramos la cama y nos pusiéramos a dormir—. ¿Quieres explicarme, por favor, qué es lo que ocurre?

Terry fue hacia mí y yo separé los pies dispuesto a agacharme o parar el golpe, pero pasó de largo, sacó hielo del congelador y se dirigió al mueble bar, donde guardábamos el bourbon.

—¿Por qué no te tomas una cerveza?

—No quiero cerveza.

—Te vas a emborrachar.

—Puede que sí.

Clavé los ojos en el vaso para no tener que verle la cara: en verano le salían unas pecas deliciosas, y me acordé de cuando la acariciaba a plena luz del día, de cuando le daba un beso fugaz

o un abrazo al pasar por la cocina, o de cuando posaba una mano en su cintura o su hombro mientras caminábamos por la ciudad; no hacía tanto de eso, y, de hecho, ella todavía alargaba la mano hacia mí cuando nos cruzábamos por casa o me tocaba al pasar junto al sofá donde me sentaba a leer, pero yo ya no lo hacía nunca; por la noche, en la cama, sí, pero durante el día ya no.

—¿Por qué no lo hablamos por la mañana? Lo único que conseguiremos ahora es pelearnos, conozco esa cara.

—Deja mi cara en paz.

Las cacerolas de la cena todavía estaban en los fogones, los platos sucios en el fregadero y cuando me senté a la mesa aparté unas cuantas migas y restos de comida que tenía delante; cuando apoyé las manos, noté que estaba pegajosa, así que agarré una esponja del fregadero y froté la zona que ya había limpiado. Dejé la esponja sobre la mesa, me senté y detecté la rabia que le daba que me hubiera puesto a limpiar incluso antes de alzar la mirada y verla en sus ojos. Estaba de pie al lado de los fogones, con un cigarrillo sin prender en la mano.

—Tú y Edith, siempre juntitos a todas partes, siempre con algún puñetero recado; todo este verano, cada vez que alguien se queda sin cerveza o sin tabaco o quiere comerse unos rollitos del demonio, allá que vais, tú y Edith, y no está bien que me dejes con Hank, que me pongas en esa posición...

—Espera un momento.

—... algo pasa aquí, o está pasando o quieres que pase.

—Espera un momento, un momento... Dos preguntas: ¿por qué está mal que Edith y yo salgamos a comprar la cerveza y la *ale* del demonio, y qué posición es esa en la que te pongo cuando estás a solas con Hank, y *qué* es lo que en realidad te preocupa?

¿Te pones cachonda cuando te quedas sola con él y quieres que venga papá a salvarte de ti misma?

—No, no me pongo cachonda cuando me quedo sola con Hank; solo me pongo cachonda con mi marido, pero el muy cabrón prefiere estar con Edith.

—Llevamos diez años casados. Ya no estamos de luna de miel, por el amor de Dios.

Algo cambió en sus ojos, se ablandaron, y también su voz.

—¿Y por qué no? ¿No me quieres?

—Por Dios. Claro que te quiero.

—Entonces, ¿qué me estás contando? ¿Que me quieres pero, como hace tanto que estamos casados, necesitas también a Edith, o quizá ya te la estás beneficiando? ¿Es eso? Porque si es eso, a lo mejor deberíamos hablar de cuánto más va a durar este matrimonio. Puedes largarte de aquí cuando te dé la gana, yo puedo buscarme un trabajo...

—Terry.

—... y por los niños no te preocupes, no tienes por qué aguantar este suplicio si tanto te arrepientes de haberte casado. A lo mejor es por algo que he hecho...

—Terry.

—Qué.

—Tranquilízate. Toma. —Me incliné sobre la mesa con el mechero y ella se agachó para prender el cigarrillo, haciendo pantalla con las manos a los lados de la mía, y bajo su carne, como un latido, percibí sus ansias y me entraron ganas de empujarla contra los fogones, y de acariciarle la mejilla y revolverle el pelo—. Terry, todo eso lo estás diciendo tú. No yo. Yo nunca he querido dejarte. No es ningún suplicio. No estoy harto de ti y no necesito ni a Edith ni a nadie. Me gusta estar con ella.